

January 2016

La función mediadora de la educación

Hermano Lorenzo Tébar Belmonte, Fsc.

Centro Superior de Estudios Universitarios La Salle, Universidad Autónoma de Madrid, ltebar@lasalle.es

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Tébar Belmonte, Fsc., H. (2016). La función mediadora de la educación. *Revista de la Universidad de La Salle*, (70), 13-32.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La función mediadora de la educación



Hermano Lorenzo Tébar Belmonte, Fsc.*

■ Resumen

Partimos de la educabilidad del ser humano, que permite un desarrollo del potencial de cada persona, contando con la competencia y profesionalidad de los educadores. La pedagogía de la mediación aporta elementos valiosos en las diversas formas de transmisión, formación e intervención que el adulto puede adoptar ante el educando. Reducir la educación a instrucción, es una limitación de enorme trascendencia, carente de todo sentido, si creemos que educar no es llenar mentes, sino ayudar a que surja la persona en su plenitud y se forje de forma integral. La sociedad necesita de la mediación de la educación para avanzar hacia valores de sentido y de sana convivencia. Los rasgos de esa educación y los ámbitos de desarrollo marcan el norte de este análisis abierto e inclusivo. Para ello, es imprescindible la formación de mediadores, para que dominen en su función formativa las aportaciones que ayudan a disponer del paradigma que responda con calidad a las demandas educativas de la sociedad en el siglo XXI.

Palabras clave: educación, educador, educando, mediación, formación, valores.

* Psicólogo y doctor en Ciencias de la Educación. Profesor del Centro Superior de Estudios Universitarios La Salle, Universidad Autónoma de Madrid, España. Correo electrónico: ltebar@lasalle.es

En el pasado, la educación adquiría muchas formas y demostró ser capaz de ajustarse a las cambiantes circunstancias, fijándose nuevos objetivos y diseñando nuevas estrategias. Pero el cambio actual no es como los cambios del pasado.

En ningún otro punto de inflexión de la historia humana los educadores debieron afrontar un desafío estrictamente comparable con el que nos presenta la divisoria de aguas contemporáneas.

Sencillamente, nunca antes estuvimos en una situación semejante. Aún debemos aprender el arte de vivir en un mundo sobresaturado de información. Y también debemos aprender el aún más difícil arte de preparar a las próximas generaciones para vivir en semejante mundo.

Zygmunt Bauman

¿Quién educa en la sociedad actual?

Ya adentrados en el siglo XXI, los educadores, testigos y actores de este momento de la historia de la humanidad, nos preguntamos cuál es el rol, la necesidad y el sentido de la educación para la sociedad que queremos construir. La complejidad de este momento, con sus retos y desafíos cada vez más difíciles, necesita un análisis profundo y desapasionado. La sociedad sufre la turbulencia de un *vacío moral* y de una falta de rumbo, necesita expertos analistas que diagnostiquen la etiología de los problemas que nos aquejan y, además, eficaces mediadores que sean capaces de transmitir la cultura, la identidad propia y los valores que constituyen su acervo. Si educar es la esencia, la mediación es el modo, el estilo como se desempeña esa misión educativa. La educación seguirá siendo el motor del cambio; pero es preciso que ese motor sea activado por profesionales hacia unas metas marcadas. Todos educamos o maleducamos.

En el gran universo, la institución educativa se convierte en crisol de culturas, con la misión de dar el nuevo sabor del mestizaje y de la diversidad. La universidad debe ser el alma de ese cuerpo desbordante de vida y forja de ciudadanos, desplegando sus talentos con pasión y esperanza. Para que la universidad sea

escenario de vivencias fundantes, debe disfrutar de maestros bien formados. Ser educador-mediador no es ni título ni cargo especial, es una forma de entender y de expresar la relación educativa, basada en un sistema de creencias en el cual la educabilidad de la persona es su principio más genérico, su motivación más elemental.

El mediador es un educador optimista, pues cree en su función modificadora y potenciadora del ser humano, cualquiera que sea su problema, porque no acepta los determinismos en educación: todo ser es modificable a través del progreso y la expansión de las cualidades que posea la persona. Cree que la genética no tiene la última palabra, sino que es la relación empática y terapéutica del profesional la que hará que las leyes más fatales se derrumben ante la fuerza de su adecuada y persistente mediación. Paradójicamente, el mediador es el primer modificado, en su empeño de adaptarse al ritmo, al estilo y a la capacidad del aprendiz, protagonista de cada proceso de aprendizaje y desarrollo.

Edgar Morin ha estudiado el problema de la complejidad, el cual acentúa la dificultad de conocer nuestro mundo, en general, y el educativo, en particular. De ahí su posicionamiento:

Este planeta pide un pensamiento policéntrico, capaz de un universalismo no abstracto, sino consciente de la unidad-diversidad de la condición humana; un pensamiento policéntrico, alimentado con las culturas del mundo. Educar para este pensamiento es la finalidad de la educación del futuro, que en la era planetaria debe trabajar a favor de la identidad y la condición terrestre. (2001, p. 77)

Martín Buber (2001) afirma con rotundidad que “la relación es el alma de la educación”. Pero justifica la necesidad de educación a través de la convergencia de fuerzas educadoras, que el autor caracteriza por su pureza, por su ternura, por la potencia del amor y por la discreción. Educar significa “conferir a una selección del mundo, concentrada y expuesta en la persona del educador, el poder decisivo de influir” (p. 22). Es evidente que la fuerza de esta relación mediadora la ejerce el educador, a través de la selección del mundo (cultura) y la adaptación a la persona del educando, por medio de una pedagogía dialógica.

Si educar es humanizar, debemos entender que tropezamos con un problema epistemológico, al pretender enseñar y comprender la condición humana, fragmentada, según Morin, ya que lo humano permanece cruelmente dividido, “fragmentado en pedazos de un rompecabezas que perdió su figura”. Necesitamos echar mano de las ciencias humanas, para poner solución:

La educación del futuro debe ser una enseñanza fundamental y universal, centrada en la condición humana. Estamos en la era planetaria y los seres humanos, dondequiera que estén, están embarcados en una aventura común. Es preciso que se reconozcan en su humanidad común y, al mismo tiempo, reconozcan la diversidad cultural inherente a todo lo humano. (Morin, 2001, p. 57)

La sociedad necesita de una educación mediada

Ni sociólogos ni visionarios son capaces de aventurar los derroteros inciertos de la sociedad del futuro. Educar se convierte en una aventura para preparar a los jóvenes de hoy para afrontar un mundo totalmente incierto e imprevisible. Nos vemos obligados a avanzar a tientas... Para ello, necesitamos la brújula de los principios y criterios educativos que en los momentos de turbulencia nos orienten hacia el norte que hemos elegido.

Encontramos rasgos de nuestro tiempo sociocultural que sugieren una demanda urgente de educación. Algunos de estos síntomas conllevan especial urgencia, aunque toda elección signifique priorizar, en una sociedad globalizada, diversa, neoliberal, digital, violenta e incierta. Necesitamos salir del laberinto negativo en el que se halla sumergida la sociedad:

Nosotros podríamos profetizar que, si nada la refrena o la domina, nuestra globalización negativa —y su modo alternativo de desproveer de su seguridad a los que son libres y de ofrecer seguridad en forma de falta de libertad— hace ineludible la catástrofe. Si no formulamos esta profecía y no la tratamos en serio, pocas esperanzas puede tener la humanidad de convertirla en inevitable. El único comienzo prometedor para una terapia contra el miedo y, en última instancia, nos incapacita es ver más allá de él. (Bauman, 2010, p. 227)

¿Qué rasgos identifican a una educación mediada? Seleccionaremos algunos caracteres más desafiantes y urgentes, a sabiendas de que la educación solo podrá ofrecer las respuestas que se le piden, dentro de sus limitaciones, si creamos las estructuras comunitarias y los equipos más adecuados.

Mediación para la formación de la persona en autonomía, libertad y responsabilidad

Nuestra sociedad exalta al individuo hasta el paroxismo, lo cual hace del individualismo una de las características más destacadas de las personas de nuestro tiempo. El narcisismo se apodera sigilosamente del individuo, reduce el mundo de intereses a la propia vida y al confort. Se desea construir de forma original la manera de ser, experimentar y consumir, paradójicamente, las ofertas mercantilistas, las cuales nos hacen reproducir los modelos publicistas y nos imponen unas formas de pensar, de disfrutar y de comportarnos. Esta sociedad del “usar y tirar”, de hábitos compulsivos, de experiencias desbocadas, está pidiendo mediadores que acompañen y ayuden a discernir entre lo que nos construye y lo que nos explota y destruye. La tarea de la educación es crear ámbitos donde se ejercite la libertad, se aprenda a enfrentarse a la toma de decisiones autónomas y se asuma la responsabilidad de cada uno de nuestros actos. Esta tarea necesita una pedagogía dialógica y concientizadora, pero que reserve tiempos de confrontación personal con la tarea y forme personas autónomas, capaces de acertar en la toma de decisiones.

Mediación para afrontar el cambio con reflexión y trascendencia

El acelerado cambio y las transformaciones en la sociedad nos producen vértigo. No podemos seguir el ritmo del dinamismo tecnológico. Las innovaciones y los descubrimientos escapan a nuestro conocimiento y control. No hay tiempo para asimilar tanta plétora de información. La novedad y la fascinación de la tecnociencia nos producen asombro e impotencia. Los sociólogos nos advierten de esta enorme mutación, la cual hace de nuestra sociedad un río desbordante que escapa a nuestro control y lo anega todo a su paso, corriendo hacia su propia destrucción, como predice el sociólogo Zygmunt Bauman:

El siglo que nos espera podría perfectamente ser una era de catástrofe definitiva. Pero también podría ser una época en la que se negociase un nuevo pacto entre los intelectuales y el pueblo —entendido ahora como la humanidad en su conjunto— y se le diese vida. Esperemos que la elección entre esos dos futuros siga estando en nuestras manos. (2010, p. 228)

La educación tiene el desafío de poner reflexión y peso en las inteligencias, desarrollar la capacidad de pensar y de trascender el presente, de ser capaces de autodominio, y ayudar a distanciarnos de las seducciones de los medios que nos deshumanizan y condicionan nuestras vidas. Los grandes descubrimientos de la tecnociencia nos hacen pensar y están dando lugar al despertar de una “nueva conciencia social sobre nuestra viabilidad futura como especie en la Tierra” (Rifkin, 2011, p. 16), pero dando su fruto:

Esta nueva conciencia de la relación [...] está dando nuevo sentido de identidad de especie. Esta conciencia incipiente de nuestra interconectividad y de nuestra integración en la biosfera está dando origen ya a un nuevo sueño relacionado con la calidad de vida. (Rifkin, 2011, p. 303)

Mediación para la regeneración moral y la vida interior

La sociedad está necesitada de un refuerzo de elevación moral que debe asentarse en principios y valores éticos. Los pensadores nos advierten del vacío moral en el que nos envuelve la modernidad líquida, la cual nos lleva a la

[...] sedación ética (que) viene en el mismo paquete que la tranquilidad de conciencia y la ceguera moral [...] El precio a pagar por los sedantes éticos es el traspaso del conocimiento ético al dominio de lo desconocido, donde se gestan catástrofes que están más allá de la capacidad humana de predicción y de esfuerzo preventivo. (Bauman, 2010, p. 128)

Bauman ve en la tecnología y en la propensión al consumo un fetichismo tecnológico, una fuerza inhumana que diluye la libertad y la autonomía en aras de la insensibilidad moral, y que lleva a esta “sedación ética o tranquilidad de

la conciencia y a la ceguera moral". En alusión a conocidos pensadores como Hans Jonas, Jodi Dean y Hannah Arendt, afirma que todos nos transmiten un mismo mensaje: "Estamos aquejados de un retraso moral", que rebaja ostensiblemente nuestra condición humana, y al que también atribuyó el papa Benedicto XVI muchos de los problemas de nuestro tiempo. A la vista de los atropellos humanos a través de la historia, Bauman sentencia esta triste realidad con una frase de Jonas: "nuestra sensibilidad moral apenas ha progresado desde la época de Adán y Eva". El ejemplo de la bomba atómica sobre Hiroshima y la destrucción de la ciudad alemana de Wurzburg, ambos sucesos acaecidos en 1945, son los dos casos paradigmáticos de barbarie camuflada en exculpación moral por los efectos colaterales, cuando se buscan fines con un "blanco fácil y sin riesgo", sin calcular daños irreparables.

El juicio que se llevó a cabo durante 1961 en Jerusalén contra el exteniente coronel de las SS, Adolf Eichmann, constituye uno de los más interesantes estudios sobre la "banalidad del mal". Los abogados defensores de Eichmann dieron a entender que la muerte de unos seis millones de seres humanos durante el Holocausto no había sido más que un efecto secundario de un acto de obediencia del teniente coronel a sus jefes superiores, y "no había nada malo en el cumplimiento del deber con la mayor eficiencia posible [...] Lo que hubiera estado 'mal', por el contrario, hubiera sido la intención de desobedecer a sus superiores" (Bauman, 2010, p. 83).

No hay antídoto fácil para la educación moral, sino la mediación del sentido crítico y el desarrollo de la capacidad de pensar que nos habilite para, con una recta conciencia, saber discernir y profundizar en la coherencia de nuestros juicios, crecer en la vida reflexiva, específicamente humana, que fundamenta toda vida interior. Si cada día vemos que los desafíos son mayores para los educadores, necesitamos invertir en profesionales con vocación y en valores, tanto o más que en llenar cabezas con contenidos que un día quedarán obsoletos. Necesitamos un "salto moral", ser más cooperativos, más responsables, más solidarios y atentos al bien común, aunque todo cambio de actitudes exija acumular experiencias positivas de vida, que solo en ámbitos educativos de calidad humana pueden generar la transformación anhelada.

Tareas mediadoras que competen a la educación

El dilema educación *versus* instrucción no cabe en mentes críticas, ante la urgencia de formar para una sociedad cada vez más necesitada de mayor personalidad, voluntad y seguridad en las propias convicciones, incluso para nadar contracorriente. La neutralidad educativa es una falacia. No podemos segmentar a la persona ni privarla de mediaciones que puedan ayudarla a crecer, incluso refugiados en la salvaguarda del adoctrinamiento. La relación educativa debe poseer las tres condiciones de un verdadero acto pedagógico: *intencional, significativo y trascendente*, para que cumpla su auténtico y específico cometido (Feuerstein, 1980, p. 20). Los desafíos aparecen cada día con más intensidad: drogas, alcohol, uso del dinero, relaciones de todo tipo, uso del ocio, manejo de las redes, política, violencia, fundamentalismos, sectas, etc., así como el conformismo, la imitación masiva y el gregarismo impuestos por la publicidad y los medios, minan y ponen en riesgo la vida de los jóvenes.

En todas estas situaciones se hace más evidente la necesaria presencia benéfica y el acompañamiento de adultos formados. Se crece desde dentro, y por esa misma razón, la educación se puede definir como un “itinerario de interioridad”, de desarrollo de capacidades y actitudes vitales. La función mediadora es de multitarea, incesante, pero cálida y gratuita, cordial y reflexiva, que se expresa en todas las tonalidades, con cuantas personas y situaciones nos encontremos. No debemos obviar el clima de confianza que debe presidir toda mediación, a sabiendas de que la confianza no se impone, se conquista.

Mediar la identidad en un momento multicultural

Se constata la dificultad de mantener el respeto a los demás, salvando la propia identidad, frente al mimetismo que amenaza en diluirnos en una identidad líquida y difusa. El uso de las libertades tiende a excesos normales que complacen a unos y hieren a otros —el debate de la laicidad y de *Charlie Hebdo* en Francia—. Los extremos son fáciles si, encerrados en guetos, nos desconocemos, desconfiamos y maquinamos sospechas. Un pacto social solo puede llegar por una educación abierta, compartida desde la infancia, conociéndose y cooperando

en las inquietudes y alegrías de cada día, compartiendo equipos y tareas. Más que buscar nuestras diferencias, hay que buscar lo que tenemos en común, lo que nos une, lo que podemos juntos. La transferencia de los aprendizajes a la vida, con la intervención adulta del mediador en el aula, es imprescindible para el propósito de sentido y eficacia formativa de toda acción pedagógica.

Mediar el sentido de la vida

Es el gran tema de mediación, que encierra a todos los demás. La sed de absoluto, de certeza, de verdad y de felicidad es motor de crecimiento. Llenar de sentido el vacío, los silencios, el dolor, la soledad, la angustia y la frustración, necesita de un proceso de acompañamiento y de maduración. La mediación es imprescindible para plantear y buscar las respuestas a las grandes cuestiones del ser humano: Dios, vida, mal, dolor, muerte, inmortalidad. La honda reflexión de cada día en el aula, unida a las vivencias positivas, a la lucha y la superación de problemas, a las experiencias de gratuidad, de tiempos fuertes de autoexamen y de convivencias formativas, tanto en lo humano como en lo divino, exige mediadores, catequistas, guías, orientadores que aporten su testimonio vital de sentido.

No podremos construir sentido si no cultivamos humanidad. Esta es la breve definición que nos aporta Martha Nussbaum: “Deberíamos reconocer la humanidad —y sus ingredientes fundamentales: razón y capacidad moral, dondequiera que aparezca, y comprometer nuestra lealtad en primer lugar con esa comunidad de humanidad” (2012, p. 86). La contrapartida, para esta pensadora, sería dar rienda suelta a nuestra animalidad:

Sería catastrófico convertirse en una nación de gente técnicamente competente que haya perdido la habilidad de pensar críticamente, de examinarse a sí misma y de respetar la humanidad y la diversidad de otros [...] Pronto exhalaremos nuestro último suspiro —escribió Séneca al final de su tratado sobre los efectos destructivos de la ira y el odio. — Mientras tanto, mientras vivamos, mientras nos encontremos entre los seres humanos, cultivemos nuestra humanidad. (2012, p. 327)

Mediar la libertad

Se dice que el miedo es el nombre que damos a nuestras incertidumbres, a nuestra ignorancia. El miedo es un sentimiento que conocen todas las criaturas vivas. Bauman (2010) afirma que “El miedo y el mal son gemelos siameses. Es imposible encontrar el uno sin el otro” (p. 75). Así mismo, los filósofos modernos separan los desastres naturales de los males morales, “De ahí que el terremoto, tsunami e incendio que se unieron para destruir Lisboa en 1755 marcó el principio de la filosofía moderna del mal” (p. 80). El mal es omnipresente, por eso en otro momento Bauman afirma: “El mal no es más que el Demonio que se oculta tras un nombre más corto, apenas disimulado por esas tres letras” (p. 91).

Frente al miedo, libertad. Paradójicamente, en nuestro tiempo, cuando aparentemente existe total libertad, se proclama como valor primero y se alardea de ella, podemos afirmar que la libertad hoy está constantemente amenazada. Existe “el miedo a la libertad”, que nos remite al célebre estudio de Eric Fromm, y a tomar las riendas de la vida, a pensar, a tomar decisiones, al compromiso, a olvidarse de sí para darse a los demás, a la muerte, a los dioses (ifalsos!); escollos que es preciso ayudar a sortear a través de experiencias de autosuperación. Liberar de los silencios cobardes, como de los miedos, exige crear certezas, seguridad en sí mismo y en el entorno, convicciones firmes, vivencias positivas y confianza en los demás: “El miedo y la incertidumbre, los dos archienemigos de la confianza” (Bauman, 2010, p. 199). Podemos experimentar la resistencia a asumir riesgos, a liberarnos de los condicionamientos que nos esclavizan con sutiles hilos. La mediación se hace imprescindible, pues esta es y debe ser siempre luz desveladora, focalizadora, crítica, desenmascaradora de falsas libertades y medias verdades. Aquí es obligada la referencia evangélica: “La verdad os hará libres” (Jn 8, 32).

Mediar formación en la responsabilidad

Si todo ser humano debe saber pesar en su justa medida sus juicios y sus actos con respecto a sí mismo y a todos los demás, hoy encontramos otro imperativo

categorío sobre el poder que el hombre ha alcanzado con la ciencia y la técnica, con la posibilidad de alterar o destruir la vida planetaria. Solo la formación en la responsabilidad podrá devolver la inocencia perdida por la degradación del medio ambiente y la explotación de la energía atómica, y permitirá encauzar las enormes posibilidades de la investigación genética. Estos parámetros sirven a Jonas en su ensayo ético, *El principio de la responsabilidad*, para alertar de la necesaria formación en la responsabilidad para salvar la libertad y salir inmunes de las amenazas, pues “la técnica se ha convertido en amenaza” que nos acecha por la ingenuidad de los nuevos poderes. De ahí que “El prototipo de la responsabilidad es la responsabilidad del hombre por el hombre [...] y la responsabilidad primordial del cuidado paterno es la primera que todo el mundo ha experimentado en sí mismo” (2008, p. 172).

La maduración y la ponderación llegan a los educandos a través del acompañamiento y la asimilación de los criterios éticos que acompañan a la concientización, ante la trascendencia de nuestras decisiones. La gratuidad y la falta de responsabilidad, en las etapas formativas del niño y del adolescente, llevan a la inconsciencia y a la ignorancia del auténtico valor de las cosas. Formar en el esfuerzo, la renuncia, el autocontrol, la superación, la solidaridad, es el camino para aprender la responsabilidad. El logro es mínimo sin la mediación y el acompañamiento de los adultos, en la familia y en la escuela, especialmente. Dar una prudente autonomía responsable y exigir cuentas es una valiosa mediación, adaptada e imprescindible, para ayudar a madurar.

Mediar la colaboración solidaria

Somos seres necesitados de los demás. Uno de los primeros aprendizajes en la vida es nuestra dependencia absoluta de nuestros progenitores —*la neotenia* es ese fenómeno de la biología del desarrollo que explica nuestro retraso y lenta evolución, en comparación con los demás seres vivos, que exige el cuidado de los mayores para salir adelante en los inicios de la vida—. En nuestras relaciones descubrimos la primacía de los demás. Nos miramos en los otros, como en un espejo, pues el yo se configura solo con el tú delante, como enseñaba Emmanuel Lévinas. Mathew Lipman promovió el desarrollo del pensamiento

en su programa *Filosofía para niños*, para que desde pequeños aprendamos a vivir en sociedad y asumamos reglas de convivencia y de integración social.

El individualismo de nuestro tiempo ha atrofiado este aprendizaje, y con ello ha causado tremendas desigualdades y problemas. La mediación educativa ayuda a la apertura del entorno, hasta proyectarse en toda la humanidad. Sin los otros no podemos realizarnos. La solidaridad es el aprendizaje de la gratuidad, de la donación, de la justicia, como pacto social de derechos y deberes, del amor hecho vida, que es dar y saber darse a sí mismo. Esta educación mediada exige concebir un proyecto de vida humana donde la moderación, la austeridad y el compartir deben entenderse como actitudes que aseguran la coherencia entre lo que creemos y lo que queremos que sea la vida, donde aprendemos lo que necesitamos de los demás y lo que los demás esperan legítimamente de nosotros.

Mediar la tolerancia

Las aulas convertidas en arco iris de colores y culturas son el escenario del aprendizaje de la tolerancia y de la inclusión, que abrirá las mentes a otras culturas y alejará toda tentación de radicalismos y uniformismos religiosos, morales o ideológicos. La tolerancia se expresa por el respeto, la escucha, la aceptación incondicional del otro y la eliminación de todo adoctrinamiento. Se debe aceptar a las personas, no necesariamente sus ideas y principios. Llegar a alianzas, a un pacto social de convivencia, exige una formación abierta al mutuo conocimiento y a vivencias colaborativas: aprender a conjugar derechos y deberes.

Abbott y Ryan recuerdan el aviso del filósofo checo Nikolaus Lobkowitz, quien se enfrenta al problema de cómo ser tolerante sin caer en el relativismo, observando que las democracias en el siglo XXI se hallan ante una paradoja potencialmente peligrosa: cómo equilibrar la tolerancia, sin caer en un mundo donde todos los problemas son relativos, pues "Vivimos en sociedades con ideas contradictorias sobre casi todo, desde las verdades más básicas hasta los temas de conducta moral" (Abbott y Ryan, 2000, p. 67). Resulta difícil, para una universidad anclada en los problemas del pasado y con una agenda marcada

por la rutina, abrir cauces de tolerancia y de respeto al pluralismo ideológico. Este tipo de educación está en peligro de convertirse en análogo a “ordenar las tumbonas en el Titanic, mientras se hunde en las profundidades heladas” (p. 67).

Mediar la trascendencia, la esperanza para sobrevivir

La auténtica educación se aproxima a una *pasión de esperanza*. El educador mediador espera vitalmente el fruto de su aporte modificador y potenciador en la educabilidad de cada educando. La esperanza mira al futuro: “El precepto de Adorno, según el cual la tarea del pensamiento crítico no consiste en la conservación del pasado, sino en la redención de las esperanzas del pasado” (Bauman, 2010, p. 226). El filósofo español Laín Entralgo analiza el concepto de trascendencia en su doble acepción metafísica: “lo trascendental” —lo que las cosas son por el hecho genérico de ser reales—, o psicológicamente, y en principio sin ninguna pretensión filosófica, “lo trascendente” —la posibilidad, creíble o no, de que exista algo real más allá de lo que ante el mundo y ante nosotros mismos naturalmente sentimos y pensamos— (Laín Entralgo, 1999, p. 200).

No poseemos ningún algoritmo que nos garantice la certeza, la espera supone precaución y riesgo, y la reflexión siempre engendra indecisión, sobre todo cuando hay que conjugar medios y fines. Sabemos esperar a corto plazo, pero apostar por una verdad definitiva exige una fe sólida, teniendo presente que son “las certidumbres doctrinales, dogmáticas e intolerantes las portadoras de las peores ilusiones” (Morin, 2001, p. 103); y, además, buscando trascender el presente, Morin afirma: “El futuro es abierto e impredecible. Esta incertidumbre viene producida por la velocidad y la aceleración de procesos complejos y aleatorios, característicos de nuestra era planetaria” (2001, p. 95).

El análisis que Morin hace del tema nos aporta formas diversas de mediación en la esperanza, que es, en el fondo, aprender a afrontar la incertidumbre: “El conocimiento es navegar en un océano de incertidumbres a través de archipiélagos de certezas” (2001, p. 104). La mediación se hace especialmente imprescindible en el salto que apunta al futuro, a lo desconocido, a las posibles aplicaciones

de los aprendizajes a la vida. Solo el mediador puede iniciar en la trascendencia, puesto que ya conoce e intuye las trampas de la vida y las posibilidades de éxito o fracaso en la aplicación de los conocimientos y las competencias —elemento muy ausente en la didáctica general—, lo cual exige ejemplificar cómo los aprendizajes tienen una utilidad en las más inverosímiles situaciones de la vida, que el estudiante ni imagina ni es capaz de concebir, pero que, al conocerlas, descubre el gusto de aprender y la motivación en su trabajo de aprendiz.

¿Cuál es la aportación específica de la mediación a los procesos de enseñanza-aprendizaje?

De forma simplificada, aludimos a las numerosas aportaciones de la pedagogía de la mediación que motivan nuestras propuestas en los procesos formativos de los docentes (Tébar, 2003, 2009 y 2011).

- Da fundamento psicopedagógico y científico al paradigma de la mediación.
- Propone un proceso de construcción de las estructuras del conocimiento: el mapa cognitivo.
- Da relevancia del papel del profesor-mediador: estilo didáctico y criterios de interacción.
- Presta atención a los procesos cognitivos-afectivos-sociales y enseña a pensar.
- Centra todo proceso en el educando: creando empatía, motivación e implicación.
- Describe y guía a través de un programa (PEI) la solución a las funciones deficientes y potencia sus capacidades.
- Desarrolla a través de la metacognición y el *insight*, el aprendizaje estratégico y significativo.
- Potencia la acción profesional del docente como guía-orientador, organizador del aprendizaje, tutor y terapeuta.
- Aporta un modelo de evaluación dinámica del potencial de aprendizaje (LPAD).
- Pretende crear un entorno modificador, potenciador, implicando a padres y educadores para lograr sus objetivos.

¿Con qué educadores mediadores?

Ningún proyecto educativo llega a feliz término sin profesionales adecuados. La sociedad actual necesita maestros bien formados, con vocación y entregados a la noble misión de educar. Los educadores deben encarnar y ser modelos referenciales de los valores que enseñan, sabiendo que los hechos hablan más alto que las palabras y los discursos. Encarnar una pedagogía dialógica, con rostro humano, relacional, exige una formación amplia que dé autoridad y autoestima a la profesión. Nos remitimos a la descripción de los 32 rasgos del “perfil del profesor mediador”, agrupados en torno a los diez bloques que responden al estilo de enseñanza —pasos de la metodología de la mediación, según nos enseña la pedagogía de la mediación, la cual fundamenta dicha propuesta metodológica.

Es necesario actualizar el paradigma pedagógico, sistema de principios y de teorías que fundamentan todo estilo y método pedagógico. En la mente de todo educador debe estar claro su proyecto formativo, para saber qué tipo de persona quiere formar junto a los demás profesionales que conforman la comunidad educativa. No bastan las buenas y modernas máquinas, que jamás podrán sustituir al educador-mediador, el cual debe proyectar con claridad su sentido de la vida, su esperanza en el ser humano, su actitud abierta y positiva, su compasión afectiva, su sentido crítico y su propósito de búsqueda de la verdad y libertad de la persona. Su espíritu optimista le lleva a rechazar todo determinismo en la educación, reconociendo el carácter constructivo y potenciador de su misión, en la que trata de conquistar la cercanía y la confianza de cada uno de los educandos.

El educador necesita permanente formación y actualización en los tres ámbitos que constituyen el núcleo de la educación: antropología —sujeto—, teleología —fines— y psicopedagogía —medios—, para responder a las exigencias nuevas de las personas y de la cultura ambiente. La formación a lo largo de la vida es hoy una imperiosa necesidad, para responder al mimetismo que la escuela guarda con la sociedad, tanto en los contenidos como en los recursos técnicos, las exigencias, las profesiones y los retos nuevos. El decir popular ha resumido sabiamente esta idea: *Quien se atreva a enseñar, nunca debe dejar de aprender.*

Metáforas y analogías de la función educadora

Cada educador tiene sus representaciones de la función educadora, pero esta no se agota, sino que se enriquece a medida que ahondamos en la diversidad de interacciones y la proyección vital que tiene todo acto educativo. Cuando el mediador abre el horizonte, formando espíritus flexibles y capaces de adaptarse a ámbitos nuevos y situaciones cambiantes de la vida, cumple una misión con representación mental renovada. En cada cultura, en cada disciplina, podemos encontrar términos que nos ayuden a enriquecer nuestra creatividad sobre las funciones mediadoras que pueden aparecer en el acto educativo:

- Arquitecto: proyecta, planifica, tiene visión innovadora.
- Constructor: diseña, prepara, organiza los pasos. Propone el método eficaz.
- Puente: actúa como facilitador de un salto, de un paso imposible que acerca límites.
- Motor: activa y genera motivación, implicación, éxito, vida.
- Transformador: capaz de adaptar, cambiar, crear nuevas imágenes y estructuras.
- Adaptador: crea tareas adecuadas a cada uno, nivela complejidad y abstracción.
- Amplificador: resalta lo esencial, sintetiza, valora e impulsa al éxito.
- Entrenador: preparador para momentos difíciles, técnico, estratégico.
- Filósofo: cuestionador que interpela, ayuda a pensar con rigor y profundidad.
- Terapeuta: previene, diagnostica y pone el remedio oportuno al problema.
- Guía: sherpa que abre nuevas rutas y acompaña en la ascensión de la montaña.
- Gestor: hace que cada uno rinda al máximo, coopere y experimente el éxito.
- Lanzadera: provoca, estimula el potencial de cada alumno. Exige, desafía, reta.
- Brújula: orientación segura, criterios sanos y medios eficaces. Norte claro en la vida.
- Chef: crea nuevos sabores, disfrute de interdisciplinariedad y diversidad de colorido.

- Médico: observa indicios de disfunciones, diagnostica, busca terapia y re-media.
- Samaritano: paradigma de compasión, ayuda generosa y gratuita, incluso al enemigo.
- Director de orquesta: da voz a todos, sintoniza y armoniza ritmos con todos.
- Actor: cuida la claridad, expresión, despierta atención para que llegue el mensaje.

Síntesis

La educación de los ciudadanos es una exigencia de toda sociedad, para transmitir su patrimonio cultural y formar a las personas que se necesitan para construir un mundo mejor. Partimos de la educabilidad del ser humano, que permite un desarrollo del potencial de cada persona, contando con la competencia y profesionalidad de los educadores. La educación se convierte en la mediación insustituible, la estructura compleja para ayudar a que surja la persona en su plenitud. En realidad, en la educación se encierra un tesoro, que debe aflorar por la acogida, el acompañamiento y la formación integral de la persona.

La pedagogía de la mediación aporta elementos valiosos en las diversas formas de transmisión, formación e intervención que el adulto puede adoptar con relación al educando. Reducir la educación a instrucción, es una limitación de enorme trascendencia, carente de todo sentido, si creemos que educar no es llenar mentes, sino ayudar a que la persona surja en su plenitud y se forje de manera integral. La sociedad necesita de la mediación de la educación para avanzar hacia valores de sentido y de sana convivencia. Los rasgos de esa educación y los ámbitos de desarrollo marcan el norte de este análisis abierto e inclusivo. Para ello es imprescindible la formación de mediadores, a fin de que dominen en su función formativa las aportaciones que ayudan a disponer del paradigma que responda con calidad a las demandas educativas de la sociedad en el siglo XXI.

La educación necesita actualizarse, para responder a las demandas y a las necesidades de cada época. La experiencia educativa debe ser fundante y enriquecedora para todo educando. Esta responsabilidad de logro y eficacia en el éxito formativo, incumbe a toda la sociedad, pero de modo especial a los padres, primeros educadores, a los docentes, a los centros educativos y, por extensión, a toda la sociedad. Tomar conciencia de la trascendencia que para toda la vida tiene el tiempo de formación, descubrir el talismán que se oculta en cada persona, debiera ser el empeño de los profesionales de la educación.

Asistimos a la competitividad social, al igual que a los retos que presentan la cultura liberal y la sociedad consumista y pragmática. La universidad y los educadores navegan contracorriente, en un mundo de incertidumbres, relativismos y claudicaciones. El abandono de los docentes es una lacra moral para toda la sociedad. Velar por su formación, evitando la desprofesionalización y el abandono, es una medida urgente de todas las administraciones educativas, responsables de administrar los recursos para la mejor causa de la educación.

La aportación e inversión que cada sociedad haga al individuo a través de la educación, va a determinar las diferencias y las brechas que se siguen abriendo, cada vez más profundas, entre países pobres y países ricos. Tanto más provechosa será la educación, cuanto más formados estén los protagonistas de esta misión imprescindible para conseguir una educación humanizadora y cargada de competencias y valores que den sentido a cada persona. Que la educación llegue a los millones de ciudadanos que están privados de ella, es el primer deber de nuestra sociedad. Sin esta mediación, no podrán desaparecer los prejuicios, los odios, la marginación y la violencia del mundo. Este es el reto supremo de la modernidad y del futuro incierto que nos espera. Aprender es vivir, pero no basta almacenar conocimientos, es necesario ayudar a que cada ser humano se construya desde dentro para llegar a ser libres, autónomos y vivir plenamente nuestra existencia. La mediación educativa es nuestra suprema responsabilidad, si queremos construir vidas en plenitud.

Hacer de la formación permanente una cultura, donde toda la comunidad aprende, donde se crean lazos y se consensuan las metas educativas, debe ser

una constante prioritaria en las instituciones educativas. Los cambios vertiginosos y los medios que nos aportan las nuevas tecnologías, obligan a los docentes a ponerse al día sin cesar. Este es el camino para que la profesionalidad, la dedicación y la autoestima de los educadores crezcan. Un reto que nos interpela a todos los que sentimos la llamada de los niños y jóvenes de hoy, con los que preparamos la sociedad del mañana.

Bibliografía

- Abbott, J. y Ryan, T. (2000). *The unfinished revolution*. Stafford: Network Education Press.
- Bauman, Z. (2007). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (2010). *Miedo líquido: la sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós.
- Buber, M. (2001). *La relation, âme de l'éducation?* París: Parole et Silence.
- Buscaglia, L. (1989). *Ser persona, el arte de ser plenamente humano*. Buenos Aires: Emecé.
- Cardinet, A. (2013). *Pratiquer la médiation des apprentissages*. Lyon: Chonique Sociale.
- Delors, J. (1996). *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Unesco-Santillana.
- Días, C. (2002). *Diez virtudes para vivir con humanidad*. Madrid: ACC.
- Feuerstein, R. (1980). *Instrumental enrichment*. Glenview: Scott Foresman and Cia.
- Feuerstein, R. (2006). *La pédagogie à visage humain*. París: Le bord de l'eau.
- Frankl, V. (1998). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- Horemans, J. F. y Schmidt, A. (2013). *Pratiquer la pédagogie de la rencontre en éducation*. Lyon: Chonique Sociale.
- Jonas, H. (2008). *El principio de responsabilidad*. Barcelona: Herder.
- Laín, P. (1999). *Qué es el hombre: evolución y sentido de la vida*. Oviedo: Nobel.
- Morin, E. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona: Paidós.
- Nussbaum, M. C. (2005). *Cultivating humanity*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.

- Nussbaum, M. C. (2012). *El cultivo de la humanidad*. Barcelona: Paidós.
- Paravy, G. (2012). *Guidance professionnelle: médiation et accompagnement*. Lyon: Chonique Sociale.
- Rey, B. et al. (2006). *Les compétences à l'école*. Bruselas: De Boeck.
- Rifkin, J. (2010). *La civilización empática*. Barcelona: Paidós.
- Rifkin, J. (2011). *La tercera revolución industrial*. Barcelona: Paidós.
- Tébar, L. (2003). *El perfil del profesor mediador*. Madrid: Santillana.
- Tébar, L. (2009). *El profesor mediador del aprendizaje*. Bogotá: Magisterio.
- Tébar, L. (2011). *O perfil do professor mediador: pedagogia da mediação*. São Paulo: Senac.